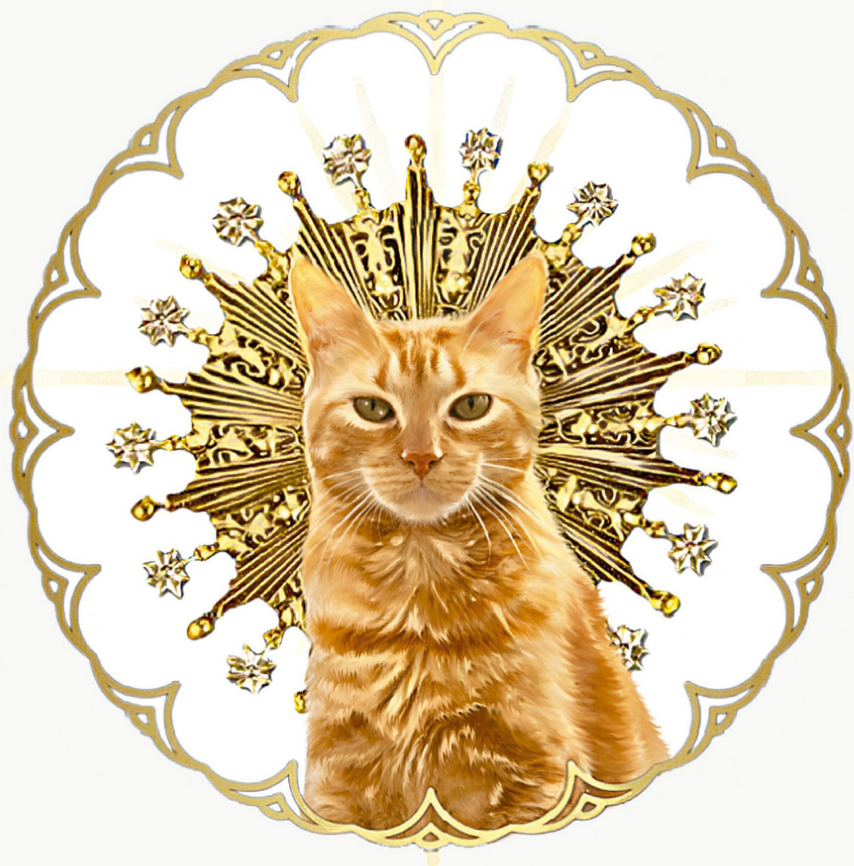


NAI OSEPYAN

GATOLICISMO

EL EVANGELIO FELINO



 Planeta

NAI OSEPYAN

GATOLICISMO

EL EVANGELIO FELINO

ILUSTRACIONES DE MAITÉ FIORES GUZMÁN

 Planeta



INTRODUCCIÓN

Hay quienes creen en la sanación por imposición de manos y quienes creen en la sanación por el poder de transmutación de energía que tiene un gato. Hay quienes creen que la fe mueve montañas, pero cualquier persona haría mucho más que eso por sus animales. Hay quienes hablan de amor universal: cuando se tiene un gato, todos los gatos son “tu” gato. Y se ama y se sufre por igual aunque ni siquiera se los conozca.

Cuanto más nos adentramos en la relación que se tiene con estos felinos, más similitudes encontramos con la relación que se tiene con las religiones. Hay quien dijo que el primer libro fue la Biblia, pues entonces en este vamos a consagrar la religión (con sus debidos mandamientos y pecados, desde luego).

Presentes en fábulas, mitos, leyendas y supersticiones, los gatos han sido parte de incontables creencias y religiones. Aun así, hay una pregunta cuya respuesta al día de hoy nos elude: ¿por qué nos atraen tanto? Algunos encuentran explicación en lo que se denomina *kindchenschema*, un término alemán que en espa-

ñol significa literalmente *esquema infantil*. Según esta teoría, hay ciertas características físicas que nos despiertan un instinto casi automático de cuidado y protección. La cabeza más grande en proporción al cuerpo, esos ojos enormes y redondos, su naricita pequeña, son solo algunas de las cosas que nos generan una atracción que tiene base evolutiva, puesto que al cuidar de las crías aseguramos la supervivencia de nuestra especie. Todo muy científico y racional, pero yo le encuentro una explicación mucho más simple y lógica: los gatos son criaturas fascinantes.

No somos la primera y seguramente tampoco seremos la última civilización cautivada por estos animales, capaces de provocar una admiración digna de compararse con aquella hacia los dioses más antiguos. Llevamos sus fotos como estampitas. Celebramos su llegada a nuestra vida con absoluto agradecimiento y devoción. Destinamos mucho más que un diezmo a su cuidado y predicamos el amor a ellos al resto de la población cual evangelio. Cualquiera que tenga la fortuna de compartir la vida con un gato podrá dar fe de lo que significa ser elegido para que se nos acueste encima o de lo celestial de sus ronroneos y maullidos (siempre que no se tornen incesantes). No en vano Julio Verne dijo: “Creo que los gatos son espíritus que han venido a la tierra. Estoy seguro de que un gato podría caminar sobre una nube sin atravesarla”, pues tal es la gracia y elegancia con la que se mueven, comparable únicamente con lo etéreo de todo su ser.

A diario me encuentro con historias que confirman que el vínculo que se genera con un animal es tan propio de cada persona como aquel que se mantiene con los santos a los que se les reza. Habrá quienes cuestionen, ridiculicen y hasta juzguen la profundidad y seriedad de esas creencias, pero, igual que sucede con los distintos credos, hablamos de algo íntimo y personal que no requiere explicación, aceptación ni mucho menos justificación

alguna por parte del resto, sino que cada quien lo elige, vive y ejecuta en la manera y medida que lo siente, por el simple hecho de que le hace bien y no perjudica a nadie.

La fe es algo que siempre ha llamado mi atención. Estando en Roma tuve la posibilidad de asistir a una de las misas de Francisco (admito, más por curiosidad que otra cosa), y ver a tanta gente congregada en un mismo lugar por una mera cuestión de fe es algo que, al menos a mí, me impresiona y moviliza. Lo mismo me sucede cuando escucho sobre personas que logran sobreponerse a tragedias apoyándose en su religión, en la confianza de que hay un motivo para lo que les sucede. Esas creencias tan arraigadas siempre giran en torno a la fe y al amor. Y es que, cuanto más me adentraba e investigaba para abordar las distintas secciones de este libro, más me convencía de que, a fin de cuentas, es como dicen: el amor salva, y casualmente (o no), los gatos también.





ARAMIS

Mandamientos

Dónde comienza la veneración

Si importar qué religión se profese, todos estamos familiarizados con el concepto de los diez mandamientos. Aún si buscamos fuera del catolicismo todo culto posee determinados preceptos que tienen como fin fomentar una relación positiva entre las personas que profesan dicha fe y su correspondiente divinidad. En el caso que nos compete, esto se resume ni más ni menos que en los diversos pilares para servir correctamente a nuestros gatos.

Si bien el término *gatolicismo* es claramente inventado, lo que comenzó en broma no se aleja de la realidad cuando se compara el nivel de devoción que generan los gatos en quienes conviven con ellos. Más de una vez alguien me ha dicho con asombro: “Los dueños de gatos son FANÁTICOS”, y si bien la palabra *dueños* hoy suena un poco fuera de tono, la parte de *fanáticos* en mayúsculas es indiscutible.

Siguiendo con esta línea de pensamiento, me resultó imposible no preguntarme dónde comienza esta atracción desmedida que nos lleva por ese camino de ida que son los gatos, y claro que enseguida me fui

para el lado de los egipcios. Y es que pensar en deidades felinas genera de forma automática la imagen de una esfinge en nuestra mente. Es una asociación casi tan directa como la que le sucede a mis conocidos cuando al ver un gato inmediatamente piensan en mí (lo cual considero todo un halago). Pero, ¿de dónde surge esta devoción? (La de los egipcios, no la mía).

Como buena amante de la historia que soy, y más en lo que respecta al lugar en que se juntan los gatos con la mitología, quise retroceder un poquito más en el tiempo y salirme de los patrones típicos. El problema con estas cosas es que se torna difícil no meterse en la madriguera del conejo de Alicia y terminar llamando al lobo para que saque a la chiva. Así fue que llegué a leer sobre Mafdet, Ferdinand y la piedra de Palermo y creo que es por ahí donde hay que empezar, pero no me quiero adelantar. Vamos por partes...

Empecemos presentando a Ferdinand Guidano, un abogado oriundo de Sicilia que en 1859 se va de paseo a El Cairo (y quien ahora me pregunto si tendría gatos). Resulta que en ese viaje, mientras deambulaba por un mercado, Ferdinand, se topa con una piedra de basalto que tenía tallados un montón de dibujitos. La compra y se la lleva para la casa de recuerdo (me imagino los comentarios de su mujer cuando el tipo cae con una piedra de 50 cm). Pasan los años y en 1877, tras la muerte de Ferdinand y en cuanto pudieron sacársela de encima, sus familiares donan esta piedra al Museo Arqueológico de Palermo, donde permanece hasta el día de hoy. La piedra estuvo arrumbada en el museo casi dos décadas sin que nadie le llevase demasiado el apunte, hasta que en 1895 un arqueólogo suizo que estaba de visita por esos lados la ve y se da cuenta de lo que era: un fragmento de los Anales Reales de Egipto. Así fue que el souvenir de Ferdinand, devino en la famosa Piedra de Palermo.

Al ser el texto histórico más antiguo que ha sobrevivido del antiguo Egipto, se convirtió en una de las fuentes claves para estudiar el período del Imperio Antiguo. La piedra de Palermo registra desde eventos importantes como las inundaciones del Nilo hasta las actividades de los faraones, proporcionando una línea de tiempo detallada de los primeros reyes de Egipto y esa es la parte que nos interesa. ¿Por qué? Porque entre los nombres inscritos en la piedra se encuentra el de Den, uno de los primeros faraones de la Primera Dinastía.

¿Y qué tiene que ver todo esto con los gatos? Que gracias a que a Ferdinand se le ocurrió llevarse la piedra, en lugar de un camellito que cambie de color con el clima, hoy podemos ubicar en un contexto histórico las primeras imágenes de una diosa felina. Sí, todos estamos bastante familiarizados con Bastet y Sekhmet, pero no es de ellas de quienes hablo ni con ellas comienza la ailurofilia de los egipcios. Para mi sorpresa (y supongo que la de varios), tuvieron una antecesora y fue la diosa Mafdet, cuyas primeras imágenes datan del 3100 a. C., y acá es donde se cierra todo el círculo, porque, adivinen dónde se encontraron esas imágenes. En la tumba del faraón Den que aparece en la Piedra de Palermo que se trajo Ferdinand del viaje. ¿Ven lo que les digo con la madriguera del conejo y llamar al lobo? Buena compra Ferdi, te luciste.

Hablemos entonces un poco de Mafdet.

Esta diosa era representada mediante la imagen de una mujer con la cabeza de un cheetah. En aquel entonces los cheetahs eran vistos como animales bastante especiales, no solo por su velocidad, sino por su conexión con los faraones, que los convertía en símbolos de poder y protección. Acá vamos a interrumpir este programa para ahondar en un par de datos académicos absolutamente irrelevantes para los dioses pero indispensables para

los fanáticos de los felinos, y es que tengo una particular debilidad por los cheetahs. ¿Sabían que las rayas negras que tienen los cheetah debajo de los ojos tienen una función especial? Esas rayas se denominan “rayas malares” y no son un simple delineado sino que tienen como fin asistílos durante la cacería. Imagínense estar corriendo a más de 100 km/h, zigzagueando y pisteano como unos campeones pero bajo un sol abrasador y achinando los ojos para poder ver mejor a la presa. La verdad es que unos lentes negro vendrían super bien y esas rayas cumplen precisamente esa función: absorben la luz que podría causarles deslumbramiento. Además, el cheetah es el único felino que no puede retraer sus garras; pero no, no se debe a un defecto, sino a otra adaptación evolutiva que les confiere ventajas específicas en términos de velocidad. Los animales que cazan al acecho suelen tener uñas retráctiles porque la funda de la uña es abrasiva y las mantiene afiladas, pero en el caso del cheetah —que es un depredador de persecución— esto le supondría un problema. Tener garras más pequeñas y delgadas le ayuda a agarrarse mejor al suelo mientras corre. Dicho esto, seguimos con la programación habitual.

No es casual, entonces, que Mafdet se viese asociada a dicho animal, ya que su papel principal era el de guardiana de la justicia divina, protectora de los gobernantes y del pueblo egipcio. Resulta interesante descubrir que era conocida como La Corredora (*She Who Runs*), si hacemos la traducción literal, pero en un sentido más figurado, su sobrenombre hace alusión a la velocidad con la que impartía justicia —y, consecuente, muerte— a quien la mereciera, ya sea que se tratase de escorpiones, serpientes o malhechores.

A medida que la religión egipcia fue evolucionando, Mafdet se fue desvaneciendo y perdiendo en la historia para ser reemplazada y conocida como Sekhmet. Esta diosa representada con

una mujer con cabeza de león mantuvo el arquetipo de diosa felina protectora pero encarna un personaje más complejo. Como patrona del conflicto y la curación, Sekhmet destruye aquello que ya no nos “alberga” para que podamos construir una nueva base. Ella nos ayuda con esta transformación en nuestras vidas y con la ruptura de viejos patrones que ya no nos sirven (tal como los gatos con nuestros sillones).

Pero volviendo al reino de los mortales, los gatos eran una solución perfecta para los problemas de ratas y serpientes del antiguo Egipto. Y a cambio de su servicio, los humanos protegían a esos mismos gatos de otros depredadores. *Win-win situation*. Vale aclarar que cuando hablamos de esos gatos no hablamos de gatos como los nuestros, sino que eran principalmente gatos salvajes. Con el tiempo y la hibridación, la especie creció para ser más esbelta, menos musculosa y de carácter mucho más tolerante (bueno... a veces).

Lo que me resulta curioso de toda esta cuestión de los egipcios y sus gatos es que los animales no eran considerados divinos en sí mismos, sino que se los veía como “representaciones corporales” de los dioses. Debido a esto es que los gatos eran protegidos por razones más allá de sus capacidades para controlar plagas, y dañar un gato era intentar dañar a un dios. Al tratarse de un animal reverenciado, muchos gatos recibieron la misma momificación después de la muerte que los humanos, probablemente con la esperanza de que pudieran unirse a esas personas en la próxima vida.

Sin embargo, hay razones para creer que la amplia mayoría era momificada por razones religiosas no relacionadas con el entierro humano, sino como ofrenda a fin de recibir el favor del dios que representaba dicho animal. Incluso, se sabe que durante el periodo helenístico los gatos eran reproducidos para

ser luego sacrificados y momificados con tales fines. Un horror. Y si de casualidad se preguntan qué pasó con todas estas momias felinas, el problema es que durante el siglo XIX la mayoría de esas tumbas y cementerios fueron saqueados antes de que los arqueólogos pudieran ahondar en ellos. Además de que un envío de unos 180 mil gatos momificados fue llevado a Gran Bretaña para ser procesado en fertilizantes (seguramente a Mafdet no le gusta esto).

Y hasta ahí llegó mi amor y admiración por la religión egipcia.

Si Mahoma no va a la montaña...

Bien es sabido que los felinos supieron desparramarse por los cinco continentes, motivo por el cual (siendo lo atractivos que son y que siempre han sido), se hallan presentes en casi todas las religiones. En el caso del Islam, que no es la excepción, se dice que Mahoma tenía predilección por los gatos y, particularmente, por su gata llamada Muezza. Se dice también que dicha gata tenía la costumbre de dormir sobre las mangas de su túnica, y que un día, cuando llegó el llamado de la oración, Mahoma prefirió cortar cuidadosamente la manga de su túnica antes que perturbar el sueño del animal.

En relación con este profeta y su gata encontramos también una leyenda que explica por qué algunos gatos llevan una “M” en su frente. Cuenta la historia que Muezza le salvó la vida a Mahoma cuando mató a una serpiente venenosa que se escondía en su túnica antes de que esta pudiera picarlo. En señal de agradecimiento, Mahoma le habría concedido dos facultades a esa gata: por un lado, la capacidad de siempre caer de pie; y por otro, la “M” plasmada en su frente para todos los gatos que descendieran de ella en la posteridad.

Claro que el catolicismo no quiso ser menos y tiene también su versión de la historia al respecto de la bendita “M”. En esa se dice que en el establo donde nació Jesús de Nazaret había muchos animales, entre ellos una gata grande, peluda y atigrada, que se acercaba mucho al niño Jesús para darle calor y arrullarlo. Una noche el niño Jesús lloraba más de lo habitual, y la gata comenzó a ronronear al son de una melodía irreconocible, pero llena de paz, como cuando una madre canta a su hijo. Con su ronroneo logró calmar el llanto del niño y relajarlo hasta que se quedó dormido. La virgen María, en agradecimiento (y agotada de escuchar llorar al niño, diría yo...), acarició la cabeza de la gata, en donde involuntariamente dibujó una “M”, la “M” de María. Desde ese momento todos los gatos que descendieran de esa gata nacerían con la misma letra, y se los denominaría gatos puros, buenos y nobles.

O resulta que Mahoma y María eran vecinos, y la gata de Mahoma deambulaba por el barrio (con lo cual no estamos de acuerdo porque, repitan conmigo: “gato que cruza la puerta baja 50 % su promedio de vida”), o alguna de las dos historias (por no decir ambas) termina por ser una simple fábula. Si me preguntan a mí, sabiendo que el sonido del llanto es uno de los sonidos más estresantes para los gatos, es mucho más factible que esa gata saliera corriendo de ese establo a que quisiera acercarse a arrullar al niño. Recordemos que los gritos, los llantos y las risas (y más aún en el caso de los bebés y niños) suelen alcanzar frecuencias que realmente los alteran, ya que son similares a las de las peleas entre gatos y también de algunos depredadores. Todo eso, sin contar que seguro ya por aquella época había alguien preguntándole a María mientras estaba embarazada: “che, ¿y qué vas a hacer con la gata?”, porque gente metida que dé opiniones no solicitadas hay en todas las familias. Buen momento para reiterar que:

- a. No hay registro de un gato que haya desfigurado a una criatura ni tampoco asfixiado a un chico por acostársele encima (mito #1). La próxima vez que alguien le mencione esto como posibilidad a una embarazada, pueden responderle que, si la Virgen María confiaba, ustedes también eligen creer.
- b. La toxoplasmosis no se contagia por ósmosis (mito #2).

Nuevamente voy a permitirme un paréntesis. En este caso, para ahondar sobre el punto “A” mediante una anécdota de una familia conocida. Esa familia estaba compuesta por dos adultos y dos niños de los cuales no recuerdo exactamente las edades pero rondaban los cinco y los doce. El mayor hacía rato venía pidiendo un gato y, cuando la madre me conoce, me confiesa que no estaba muy convencida con la idea porque a ella no le encantaban los gatos. En el libro anterior ya toqué dos conceptos que se encuentran específicamente relacionados con esta historia. El primero es que a la hora de incorporar un animal a la familia, todos los miembros deben estar de acuerdo y eso incluye a los padres. El hecho de que “los chicos quieren un perro” o “los chicos quieren un gato” no debería ser motivo suficiente, considerando que serán los adultos los últimos e indiscutibles responsables de esa vida. Los niños son niños, y, si bien se les pueden asignar tareas, he visto demasiados casos en los que el animal termina en un tira y afloja constante entre padres e hijos. En una punta los chicos (y hasta adolescentes), que viven en un universo paralelo de duendes y arcoíris; en la otra, los padres amenazando con que si los chicos no se ocupan van a regalar al animal, y en el medio el perro o gato pagando las consecuencias. Mejor que estén todos de acuerdo. Este fue el primer punto, entonces, en el que le llamé la atención a esta persona: “Tené en cuenta que si adoptás un gato la que se va a terminar ocupando sos vos, así que mejor si estás de acuerdo con la idea”.

Si bien mi recomendación a la hora de adoptar un gato en una casa donde hay niños es que sean mayores de cinco o seis años, además de las edades se debe considerar este factor. Esto no significa que si primero se tiene un gato y va a llegar un niño hay que deshacerse del gato, ¡en absoluto! Lo que quiero decir es que un niño de cinco o seis años ya tiene la fuerza suficiente para poder levantar a un gato de forma correcta y sin riesgo para ninguno de los dos, sumado a una motricidad fina mucho más desarrollada. El juego entre ambos podrá tener lugar de igual a igual y se le podrá explicar a ese niño con mayor facilidad el lenguaje corporal y los límites del gato. Se trata simplemente de que el vínculo fluya con mayor facilidad, no de que sea más o menos posible, y para esto también se debe validar lo que el niño está pidiendo, que no siempre es “una mascota”, sino concretamente un gato. Es ahí donde entra en juego el segundo concepto ya tratado: existen personas de gatos y personas de perros, cada una con características de personalidad muy marcadas, e insisto, en niños de más de cinco o seis años esto ya puede observarse claramente.

Volviendo a nuestra historia, y conociendo al nene de doce que estaba hacía años pidiendo un gato, mi comentario sobre el tema fue: “Si te está pidiendo un gato, escúchalo, porque no le da igual”. Pasó el tiempo y cuando volví a ver a esta chica me puso al tanto de cómo había terminado la historia. No estando del todo convencida con la idea del gato, decidió ir por la opción de un caniche y darles la sorpresa a los chicos. La reacción del más grande al destaparse los ojos y verlo fue comenzar a sollozar diciendo “yo quería un gato”. Es tragicómico pero todavía me acuerdo y me río, espero que algún día ese chico (que ahora ya debe tener más de veinte años) pueda tener un gato. Pero, en fin, escuchen a los chicos, porque hay un trasfondo de por qué algunos piden un

perro, por qué a algunos les da igual, y por qué algunos piden y se fascinan con un gato.

Ahora, sobre el punto “B”, y considerando la cantidad de personas (y tristemente más de un obstetra) que creen necesario deshacerse de un gato ante la llegada de un bebé a la familia, voy a ampliar el paréntesis para repasar este tema, dado que la toxoplasmosis no puede contagiarse por tener un gato, acariciar un gato, besar un gato y demás cosas que puedan hacerse estando en contacto con un gato. La toxoplasmosis se adquiere debido a la presencia de un parásito llamado *Toxoplasma gondii* en los tejidos musculares de algunos animales. El contagio ocurre ante la INGESTA (retengan esta palabra clave), por eso sucede si el gato consume carne de un animal infectado PERO TAMBIÉN si el humano consume carne de un animal infectado (punto para los vegetarianos). Es por eso que se hace tanto hincapié en la cocción de la carne, precisamente para evitar esta vía de contagio, ya que el calor de la cocción destruye los huevos del parásito. En el caso de los gatos, cuando consumen carne infectada excretan huevos infecciosos del parásito (el nombre técnico es oocistos) durante un período limitado, que oscila entre diez y veinte días. Después de este período, el sistema inmunológico del gato se ocupa del tema y asunto resuelto, por eso son más propensos a contraerlo los cachorros menores a tres o cuatro meses, cuando aún no tienen del todo altas las defensas. Para que esos huevos excretados contagien a un humano, la materia fecal de ese cachorro que consumió carne infectada debe permanecer en la bandeja macerándose durante 48/72 horas (es más preocupante que la bandeja permanezca sucia tanto tiempo) pero además, ¿recuerdan que la palabra clave era “ingesta”? Bien, porque para contagiarse no solo hay que tener un cachorro que haya consumido carne de un animal infectado y haber dejado la bandeja sucia durante días,

sino que lo más indispensable es tocar esa materia fecal con la mano y llevarse la mano a la boca. ¿Y las verduras? Lo mismo. Si justo elegimos una lechuga que proviene de una parcela de tierra donde justo decidió eliminar un cachorro menor a tres o cuatro meses que justo había consumido carne de un animal infectado y justo esa materia fecal que contenía ooquistes quedó en esa tierra sobre esa lechuga durante días antes de que la recolectaran y cuando llegó a nuestras manos no la lavamos bien, entonces sí, comiendo esa lechuga podemos contagiarnos, pero, aun así, no sería culpa del gato.

Resumiendo: hay que cocinar bien la carne, hay que lavar bien las verduras, hay que lavarse bien las manos y, de las dos historias, me quedo con la de Mahoma.



ESCUCHEN A LOS
CHICOS, PORQUE HAY UN
TRASFONDO DE POR QUÉ
ALGUNOS PIDEN UN PERRO,
POR QUÉ A ALGUNOS
LES DA IGUAL, Y POR QUÉ
ALGUNOS PIDEN Y SE
FASCINAN CON UN GATO.

